

# 60: Buena suerte - La carrera perfecta

- [60: Buena suerte - La carrera perfecta](#)

# 60: Buena suerte - La carrera perfecta

Felix el Gato no pronunció palabra durante el camino a casa. Ni una sola.

Ryan los condujo de regreso a la Torre de los Optimates en la tarde temprana. Su grupo y Enrique habían decidido partir del encuentro por separado, para no levantar sospechas antes de la operación del día siguiente. Finalmente, el mensajero estacionó su coche frente a las puertas de la torre, pero Atom Gato no hizo ningún movimiento para salir.

— Oye, gatito, sé que debe sentirse terrible — dijo el mensajero. — Créeme, entiendo por lo que estás pasando. Así que, ¿qué te parece si vamos a ver una película de Star Wars con Yuki y Timmy para alegrarte? ¡Piensa en los memes!

Felix le dio una breve mirada a Ryan, con la vista completamente vacía, antes de abrir la puerta del coche. El joven héroe caminó hacia la torre Il Migliore en un silencio incómodo, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Sí, no se sentía bien y quería un poco de soledad.

Ryan no podía culparlo. Enterarse de que Lightning Butt había asesinado a los padres de su hermana adoptiva, antes de convertirla en una hechicera de drogas y escupir sobre el legado de su madre biológica, debió ser... duro.

El mensajero no estaba seguro de cómo acercarse a su amigo. Al menos, no hasta que estuviera dispuesto a abrirse.

Ryan observó a Felix desaparecer dentro de la Torre de los Optimates, antes de marcharse. Aún tenía algunos asuntos que atender antes del día siguiente, incluido resolver una molestia constante. — ¿Shortie? — llamó el mensajero mientras encendía la Chronoradio. — ¿Shortie?

— Aquí estoy, Riri — respondió ella al otro lado de la línea.

— Mañana eliminaremos a los Meta — dijo Ryan mientras conducía hacia el sur de la ciudad. — Il Migliore y el Carnaval acordaron atacarlos juntos.

— Bien.

— Pero algo me incomoda. Tengo la sensación de que la Manada va tras de ti específicamente, y no porque quieras derrocar a la burguesía.

Len permaneció en silencio unos momentos breves. — Yo... sí, atacé una de sus instalaciones. Aunque se lo merecían.

— No puedo explicar por qué, pero tengo la corazonada de que se trata de otra cosa. Alphonse estaba claramente molesto porque Enrique liberó a Len de la custodia, y Blackthorn mantuvo a la Genio bajo vigilancia estricta después. — También estaban convencidos de que yo era tu hermano, y creo que eso influyó en su decisión de contratarme.

— ¿Crees...? — Len aclaró su garganta del otro lado de la línea. — ¿Crees que tenga que ver con papá?

Ryan no podía confirmarlo, pero su instinto le susurraba que sí. — Quizá. Tengo la sensación de que la empresa guarda secretos oscuros en su interior.

— Por supuesto, Riri, su riqueza está construida sobre sangre y sufrimiento — respondió Shortie con ira, antes de calmarse. — ¿Y la tecnología de duplicación cerebral?

— Tengo una idea de cómo conseguirla — dijo Ryan, apretando más las manos sobre el volante. Había dejado los barrios del norte por los del sur, más cercanos al territorio de Augusti. — Pero es arriesgado.

Len hizo una breve pausa, pero parecía decidida a ayudar. — Estoy atenta.

— Sabemos por la grabación que Héctor Manada prestó la tecnología a Psypsy para investigaciones — recordó el mensajero a su mejor amigo. — Lo más probable es que esté en el búnker.

Ella adivinó rápidamente su plan. — Que tiene acceso al mar y estará sitiado mañana. Los Meta estarán distraídos.

Len podría infiltrarse en el búnker, tomar la tecnología y huir. Ryan tenía la corazonada de que los hijos de Héctor la destruirían si la conseguían, solo para eliminar una amenaza a su herencia. — Pero será muy peligroso, Shortie.

“Puedo... puedo cuidarme a mí misma. Lo haré, Riri.” Otro momento de pausa. “Y... después de que esto termine... después de que termine, deberías venir.”

“¿Shortie, me estás invitando a tu casa?” bromeó Ryan.

Casi podía verla nerviosa del otro lado de la línea. “S-sí, pero no así. Yo... organicé un espacio para ti allí abajo. Estarías más seguro con nosotros que en Dynamis. Simplemente no confío en ellos.”

Ryan tampoco confiaba en ellos, pero por ahora, el camino hacia la Carrera Perfecta le exigía arriesgarse. “Aprecio mucho la oferta, Shortie,” dijo desde lo más profundo de su corazón. “Puedo ver que estás mejor. ¿Suena más... segura, más confiada?”

“Yo... he estado siguiendo el tratamiento,” admitió. “He reducido los antidepresivos. Los administro con más calma. No es que me sienta mejor, no creo, pero me siento menos mal.”

“Bien. Es un buen comienzo.” Quizá... quizás podría encontrar la forma de ayudarla a sobrellevar su depresión a través de los ciclos. Si pudiera transportar su conciencia a través del tiempo, también lo haría el tratamiento. Espero.

“Yo... estaré en contacto.” Y con esas palabras, Len cortó abruptamente la comunicación.

El progreso era lento, pero aún así, era progreso.

Finalmente, Ryan llegó a su destino: un bistró elegante, sumamente a la moda, situado cerca del Strip de Nueva Roma; desde el exterior parecía una réplica exacta de la famosa brasserie parisina Le Fouquet's. Un valet ofreció estacionar el coche, pero el mensajero nunca dejaría que nadie lo condujera; su Plymouth Fury era demasiado valioso para los plebeyos. Esto lo obligó a llegar a la entrada del restaurante a pie, donde su cita lo esperaba.

“¡Por fin!” se quejó Fortuna, poniendo las manos en la cintura. Llevaba puesto el mismo vestido dorado lujoso y escandaloso que lució en la fiesta de Jamie. “¡Casi llegas tarde!”

“Pero no llegué tarde,” respondió Ryan, tomando la mano de la presumida y besándola como un caballero, para sorpresa de ella. “Nunca puedo hacer esperar a una diosa.”

Como necesitaba distracción y ella seguía fastidiándolo, Ryan finalmente aceptó una cita con la mujer más afortunada del mundo; aunque solo era una pantalla para su astuto plan de acabar con su interés romántico hacia él. Su objetivo era ser lo más increíblemente perfecto y cariñoso posible, hasta llegar a ser agobiante.

Pero ningún plan sobrevivió al enfrentamiento con el enemigo, y Fortuna había traído una tercera rueda.

“Ryan.” En contraste con el vestido extravagante de su amiga, Livia Augusti vestía un modesto vestido sin mangas de color escarlata y pulseras de oro. Mientras Fortuna exudaba glamour, la princesa de la mafia encarnaba una nobleza refinada. “Qué alegría volver a verte.”

“Oh, no esperaba verte,” dijo Ryan, tratando de disimular su incomodidad mientras miraba a Fortuna. “Pensé que íbamos a tener una cita.”

“Lo tenemos, pero también harás que Compense a Livy por dejarnos abandonados la primera vez que nos encontramos,” replicó Fortuna con arrogancia. “Nos consentirás a ambas.”

“Por supuesto, una divinidad como tú solo merece lo mejor,” mintió Ryan, ofreciéndoles sus brazos a ambas, “y ese soy yo.”

Livia sonrió divertida, tomando su brazo, mientras Fortuna tardó un poco más en acariciar su manga. “¡Oh, es cachemira!”

“¿Te gusta?” preguntó Ryan, sorprendido. “Es auténtica lana cachemira.”

“No existe el cachemira de bajo presupuesto,” replicó Fortuna, como si él hubiera dicho una tontería. “O es perfecto, o no lo es.”

Maldita sea, tenían una cosa en común: ¡el gusto! ¿Quién lo habría pensado?

Los tres entraron al restaurante, guiados por criados a través de puertas dobles de madera. La decoración era en el estilo francés del siglo XVIII más puro, con una iluminación de velas que halagaba la vista y ornamentación exquisita. Realmente merecía su nombre, Le Parisien. Ryan había reservado una mesa aislada cerca de la ventana, para que Fortuna pudiera mirar hacia abajo a la gente afuera. Sabía que apreciaría ese gesto.

También notó que cada mesa estaba separada de las demás por paredes, para maximizar la privacidad. Los invitados podían conversar sin preocuparse por ser espiados.

“Me alegra que finalmente aceptaras tu lugar en el universo,” le dijo Fortuna a Ryan, mientras un maître d'hôtel los invitaba a sentarse y distribuía las cartas del menú. “Tienes mucho que compensar.”

“Y ofrezco sinceras disculpas por ello,” mintió Ryan con fingida humildad. “Te vi, Fortuna, pero hasta que hablaste con tu hermano, no te había visto.”

Tomó la mano de Fortuna de improviso, para su asombro, causando su sorpresa.

“Cuando vi tu pasión por intentar reconectar con tu hermano, me conmoví hasta las lágrimas.” A través de habilidades perfeccionadas en innumerables reinicios, Ryan pareció a punto de llorar por un instante. “¡Tu corazón de oro me cegó!”

“Me alegro de que finalmente te hayas dado cuenta,” respondió ella, completamente desconcertada. Mientras tanto, Livia escondía su rostro tras la carta del menú, claramente esforzándose por no reír.

“¿Puedes perdonarme por mi comportamiento atroz contigo?” preguntó Ryan con ojos suplicantes. “Porque nunca puedo perdonarme a mí mismo.”

“Eso depende de esta cita,” respondió Fortuna, recuperando la compostura. “¡Si va bien, lo consideraré!”

“Entiendo,” dijo Ryan, antes de llamar al camarero más cercano. “Querida, un Asiette de Fois Gras y Salmón Freso para mi amada.”

Fortuna suspiró sorprendida. “¿Cómo sabes que me gustan? ¿Le preguntaste a Félix?”

Sí, lo hizo, pero un verdadero caballero siempre mintió con una sonrisa. “Simplemente me pregunté qué querría la mujer perfecta, y encarró.”

“¡Por supuesto que sí!” respondió Fortuna con una modestia encantadora, mientras Livia no pudo resistir y soltó una carcajada. “Livy, ¿para qué fue eso?”

“Perdón,” dijo la princesa con una sonrisa antes de bajar la carta del menú. “Te encuentro adorable.”

“También tú eres adorable, Livy.” Fortuna puso una mano alrededor de la de Livia en un gesto fraternal. “Me alegra que hayas aceptado venir. Lo necesitabas.”

“Gracias,” respondió la princesa, aunque su sonrisa se volvió más triste. “Necesito distraerme, con todo lo que ha pasado últimamente.”

“Ryan, tu misión por esta noche es animarla,” casi ordenó Fortuna al mensajero.

“Haré lo posible,” respondió Ryan con una sonrisa. “Veo que eres muy cercana a ella.”

“Nuestros padres eran muy amigos,” explicó Livia. “Casi nos criaron juntos.”

“Se podría decir que nuestros padres eran cómplices en el crimen,” bromeó Fortuna con tono divertido, aunque no tanto como Ryan. Él sintió de inmediato un rechazo; era terrible, incluso para sus estándares.

“Les he preparado un menú delicioso,” dijo el mensajero. “Por un lado, la gastronomía francesa, y por otro, todo lo demás.”

“Sólo puedo elogiar su buen gusto, pero me sorprende que nos hayan invitado,” comentó Fortuna mientras los camareros se disponían a preparar sus órdenes. “Pensé que eran pobres, y los menús aquí en Le Parisien alcanzan miles de euros.”

“Estoy bien económicamente,” replicó Ryan.

“¿Cuánto bien?” preguntaba su cita con una sospechosa mueca.

“Millones de euros guardados en distintos bancos,” dijo Livia, provocando un jadeo en Fortuna. “He rastreado algunas de sus cuentas en grandes empresas. En realidad, me sorprendió.”

Pues, una de las ventajas de viajar en el tiempo era que Ryan sabía qué empresas y proyectos darían frutos. Incluso encontró el Tatuado Perdido de los Templarios, aunque le llevó años y muchas aventuras descubrirlo.

Todo el mundo en Italia usaba el euro por su disponibilidad, respaldado por bloques de poder de corporaciones de posguerra como Dynamis o Augusto mismo. Sin embargo, esto solo se aplicaba realmente en Italia. Algunas naciones emergentes de la posguerra usaban su propia variante del euro, con tasas de cambio muy diferentes, y algunos señores de la guerra empezaron a acuñar sus propias monedas. Dynamis también hablaba de introducir su propia moneda en los próximos cinco años, aunque Ryan no estaba seguro de si cumplirían esa promesa.

—¡Vaya, pensé que eras una rana, pero en realidad eres un príncipe!— felicitó Fortuna a Ryan.

—Solo tu beso puede revelar mi verdadera forma— respondió el mensajero con palabras dulces. Cuando tenía dudas, ¡le halagaba sin vergüenza!— Si deseas un carruaje, solo tienes que pedirlo.

—Gracias, pero ya tengo un yate— dijo ella.

Ryan percibió que esto era una invitación silenciosa de Fortuna para que preguntara sobre su vida, y así lo hizo.

—Vaya, debes ser sumamente talentosa para poder adquirir algo así a tu edad— comentó el mensajero, aunque probablemente lo había ganado en la lotería o algo similar.— Si tuviera que adivinar, posees el alma de una artista y la habilidad de una emprendedora.

Para su sorpresa, Fortuna parecía bastante avergonzada, ajustándose el cabello con la mano.— En realidad, esculpo en mi tiempo libre— confesó.

—¿De verdad?— preguntó Ryan, genuinamente sorprendido.

—Estudio artes aplicadas en la Universidad Juventas— dijo ella. ¿Esa universidad postguerra, patrocinada por empresas? Ryan la conocía, aunque hasta donde sabía solo los directivos y sus afiliados podían pagar las costosas matrículas.— Aquí te muestro parte de mis obras— agregó Fortuna.

La joven rebuscó en su vestido y sacó un teléfono dorado, mostrando a Ryan fotografías de sus creaciones. Por un momento, el mensajero esperaba esculturas modernas e incomprensibles, pero en su lugar, su trabajo se inspiraba en artistas del Renacimiento. Había creado varias estatuas realistas de ángeles y figuras mitológicas, destacando una de Livia como la diosa Atenea, su obra maestra.

—Es impresionante— comentó Ryan, sinceramente sorprendido por primera vez.

—Realmente lo es— asintió Livia con una expresión de aprobación.

—¿Te gustan?— Fortuna buscaba halagos, con su confianza reemplazada por un deje de ansiedad. Para sorpresa de Ryan, esta sensibilidad en ella era notable. Bastante como para poner nerviosa a esa insoportable narcisista.

—Eres realmente talentosa— continuó el mensajero, con tono tranquilizador.—He visto a muchos artistas autoproclamados, pero tú tienes talento genuino.

—Gracias— dijo la rubia con una sonrisa tímida, jugando con su cabello.—Estoy pensando en convertirlo en una carrera.

—Pero creí que ya tenías un trabajo para los Augusti— preguntó Ryan con desconfianza.

—¡Es solo temporal— respondió rápidamente Fortuna—. Ocupo ese puesto porque mi hermano ya no puede proteger a Livy, como debe ser.

—Y te agradezco mucho la atención— replicó Livia, conmovida sinceramente.

—Porque lo mereces— Fortuna contestó con amabilidad. Ryan se dio cuenta de que, aunque su narcisismo era frustrante, ella también era honesta y bondadosa a su manera.—Sé que tu papel... es estresante. Necesitas toda la ayuda que puedas obtener.

Livia bajó la vista, observando su plato, mientras el camarero les traía los aperitivos sin decir palabra. Fortuna observó a su amiga con preocupación, y Ryan percibió que ambas estaban mucho más unidas de lo que había imaginado. Nunca había visto a la Chica Afortunada comportarse así con alguien más.

Pensándolo bien, Fortuna había osado entrar en una instalación de Dynamis para tratar de convencer a su hermano de que volviera, pero Ryan se preguntaba si todo ello era por el bien de su familia. Tal vez, en realidad, lo hacía por ella misma. ¿Quizá lo había hecho por Livia?

Vaya, la joven no era completamente egoísta. Su estima en Ryan subió un poco.

—Me sorprende que no promociones tus esculturas— cambió de tema Ryan, tratando de aliviar el ambiente.— Es la primera vez que las oigo mencionar.

—Oh, no he contado mucho a nadie, ni siquiera a mi hermano— admitió ella.— Sé que serán populares. Aunque trate de parecer segura, Ryan notó una ligera vacilación en su voz.— Pero aún no quiero que mi trabajo sea público.

—¿Por qué tanto?—preguntó Ryan, pero para su sorpresa, Fortuna dudó en decirlo en voz alta.

—Su madre puede moldear rostros gracias a su poder—explicó Livia—. De ahí el nombre Venus.

—Yo no quiero que mi trabajo sea comparado con el suyo—admitió finalmente Fortuna—. Quiero decir, ¡hasta mi rostro es una de sus obras maestras! ¡El de Felix también!

Eso aclaraba algunas dudas. Ryan se centró rápidamente en el problema.—¿No quieres que lo que realmente te pertenece sea “mercantilizado” por tu familia?—sospechó, mientras empezaban a disfrutar de los aperitivos—. ¿De otro modo dirán que de madre, como hija?

—Sí...—vaciló Fortuna—. Exactamente eso. Y esa es la única cosa en la que mi poder no puede ayudarme. Por eso, es toda mía.

—¿No amas a tus padres?

—Los amo—dijo Fortuna, aunque su sonrisa se volvió un poco vacilante—. Los amo, y ellos también me aman.

—¿Demasiado?—intuyó Ryan que ese era el problema.

—¡Sí, están sobreprotegiéndome!—su tono pasó de vulnerable a enojado—. “¡Fortuna, debes esforzarte más para heredar nuestra rama de la familia!” “¡Fortuna, tienes que demostrarte para

convertirte en la nueva Diana!” “¡Mira a tu hermana, ella ya es una olímpica!” ¡Y nunca es suficiente!

Livia lanzó a Fortuna una mirada de compasión, y Ryan entendió por qué ambas eran tan cercanas. Ambas eran prisioneras de las expectativas de sus padres.

—Mi madre quiere que dirija su negocio, pero yo dije que no—relató Fortuna a su cita—. Ella todavía piensa que cambiaré de opinión.

—¿Por qué no intentas presentar tus esculturas en secreto?—sugirió Ryan—. Es decir, todos los buenos artistas tienen un alter ego misterioso y seductor.

—Oh, quizás, estoy segura de que la gente las adoraría...—la Chica Suertuda no parecía tan segura de sí misma sin confiar en su poder.

—¿Tienes aficiones, Ryan?—preguntó Livia, intentando cambiar de tema.

—Principalmente adopto gatos perdidos—bromeó el mensajero—. Y también exploto cosas, pero eso quizás arruinaría el ambiente.

—Eso me recuerda, encontramos a tu gato—anunció Livia—. Estaba husmeando en el apartamento de Vulcan.

—¿Eugène-Henry?—Ryan se enderezó en su silla.

—¿El gato que perseguimos cuando nos conocimos también es tuyo?—preguntó Fortuna, atónita—. Tiene que ser destino.

—Vulcan no estaba contenta con un huésped no invitado, pero el gato le conquistó—dijo Livia con una sonrisa divertida—. Como si la conociera bien.

Ryan pudo entender la intención subyacente.

Antes de que el silencio se volviera demasiado incómodo, Fortuna recibió una llamada y suspiró en voz alta—. ¿Problemas?—preguntó Livia, aunque no parecía preocuparse en absoluto.

—Es mi madre—se quejó Fortuna, mientras el teléfono seguía sonando—. Ella sigue pensando que cambiaré de opinión.

—¿Quieres que conteste yo?—ofreció Ryan—. Cualquier cosa.

—Eres un amor—respondió Fortuna, levantándose de su asiento y dirigiéndose a una cabina privada aislada, dejando a Ryan y Livia solos.

Como había planeado la hija de Augusto.

—Querías que volviéramos a hablar—adivinó el mensajero.

—Sí—contestó la princesa con una sonrisa forzada—. ¿La has visto en el ciclo anterior? Vulcan. Es por eso que tu gato teleportador anda con ella.

No tenía sentido negarlo.—Sí.

—¿Por qué no volviste a intentarlo?—preguntó la princesa con el ceño fruncido—. Para salir con ella. Esta vez, ella no te gusta.

—Jazmín, mi Jazmín, me hizo prometer que no la reemplazaría—dijo Ryan, con la mirada fija en su copa de champagne—. No quiero verlo así, pero... la persona con la que salí ya no está. La Vulcan actual es una desconocida con su rostro, y sin ninguno de los recuerdos.

Los ojos de Livía se suavizaron. “Entiendo... Es lo que mencionaste antes, sobre que olvidar que nunca te pasaba nada no era nada más que un alivio pasajero, ¿verdad?”

“Sí,” reconoció él con prontitud. “Procuró no apegarme demasiado a nadie, pero la última vez olvidé cuidarme a mí mismo.”

“Entonces, ¿qué hay de Fortuna? ¿Qué significa ella para ti?” En su tono había un leve reproche.

Una molestia inmerecida. “Es parte de mi plan diabólico para hacer que ella renuncie a mi persona.”

Livia levantó una ceja, escéptica. “¿Convirtiéndote en un caballero perfecto?”

¡Pues claro! Cuanto más Ryan le daba la espalda a Fortuna, más ella lo acosaba. Por lo tanto, lo opuesto debería hacer que ella desistiera. “No espero que entiendas mi brillante lógica,” dijo con soberbia.

“No le rompas el corazón, Ryan,” advirtió Livia, con su voz ya no amistosa. “Fortuna es mi mejor amiga, y aunque a simple vista no parezca así, por dentro es un alma sensata.”

Ryan sintió cierta duda, pero ella conocía a su amiga mejor que él. “Debo admitir que ahora me cae mejor, después de que mostró un poquito de bondad.”

“Ella está bajo mucha presión, más de lo que imaginas,” explicó Livia. “La razón principal por la que se unió a Los Asesinos Siete fue para protegerme, para no sentirme sola. Le debo mucho por eso. Aunque pienses que no habrá consecuencias por herir sus sentimientos debido a tu poder, te garantizo que no lo olvidaré.”

Ryan unió sus dedos, con expresión seria. “¿Por qué estás aquí, princesa? La verdadera razón.”

Ella cruzó los brazos, con su mirada convirtiéndose en acero. “El Carnaval, Ryan,” dijo Livia con tono venenoso. “Se trata del Carnaval.”

Aquí estaban. La verdadera razón de su presencia. “Supongo que esto explica por qué querías que nos encontráramos en un lugar público, con tu amiga increíblemente afortunada cerca. ¿Creíste

que te habría ordenado asesinar si nos veíamos en privado?”

“Últimamente, veo el Carnaval en Nueva Roma, luchando contra la Meta-Banda,” afirmó Livia. “¿Son ellos? Los que te pidieron que explotaras la fábrica Bliss. Los trajiste a la ciudad. No puedo ver sus acciones, pero aún dejan ondas de impacto.”

“Sí, es el Carnaval,” admitió Ryan. Ya no había motivo para ocultarlo.

“Te advertí, te dije que te dejaría hacer lo que quisieras, siempre que no atacaras a mi familia,” recordó Livia. “Y lo hice. Pero tú estás dispuesto a colaborar con quienes asesinaron a mi madre.”

“Fue un accidente, según lo que oí.”

“¿Quién te lo dijo, Hargraves?” Su ira crecía con cada palabra. “¿Confías en él?”

Más que en tu padre, princesa.

Durante su primer encuentro, Félix había contado al mensajero que Augusto enfrentó en sus comienzos a una antigua encarnación del Carnaval durante su ascenso al poder. Shroud, en nombre de Ryan, había ampliado la historia tras la reunión con Dynamis. Leo Hargraves había regresado a la granja de la familia Costa para celebrar el cumpleaños de Narcinia, como prometió, solo para encontrarla en ruinas. El Carnaval atacó rápidamente a Augusto, solo para verse obligado a retroceder tras sufrir pérdidas terribles.

Y la esposa de Augusto, Juno, quedó atrapada en medio del fuego cruzado.

“Colaboro con el Carnaval y Dynamis solo para erradicar a los Metas, eso es todo,” afirmó Ryan. “De hecho, les convencí de no atacar a tu familia para concentrarse en un problema mayor.”

“Reconozco que en universos alternativos me matan por hurgar en las operaciones de Adam el Ogro,” admitió Livía. “Están planeando algo importante, ¿no? Algo tan terrible que están dispuestos a arriesgarse a enfurecer a mi padre para mantenerlo en secreto.”

—Sí. Pero si todo sale bien mañana, no podrán conseguirlo.— El comentario de ella hizo que Ryan se preguntara si la decisión de Adam de despedir al Bahamut había sido realmente tan impulsiva como pretendía aparentar. —Después, eliminaré la Fábrica de la Felicidad y, con suerte, nunca volverás a verme.—

—Trajiste el Carnaval aquí, Ryan— argumentó Livia—. Todo lo que hagan de ahora en adelante será responsabilidad tuya.—

—De todas formas, habrían llegado de todos modos, solo les señalé la dirección correcta. Es decir, la de Hannifat Lecter— Ryan la miró directamente a los ojos—. Mantengo lo que dije, princesa. No dañes a mis amigos, y tu gente saldrá con vida.—

—¿En este ciclo o en el siguiente?— preguntó ella, con dureza.

—Aún no puedo decirlo— admitió Ryan—. Haré todo lo posible, pero no puedo prometer nada en esta ocasión. Sin embargo, soy una persona de palabra.—

La princesa frunció el ceño, escéptica. —¿No fuiste más lejos en el futuro?—

—He vivido varias vidas, pero en su mayoría en breves estallidos. Nunca más de meses entre dos puntos de salvaguarda— Ryan apartó la vista—. Con una excepción, pero no quiero hablar de ello. Fue tan terrible que decidí no realizar un ciclo largo nunca más después de esa experiencia.—

—¿Entonces no sabes cómo terminará?— Livia negó con la cabeza—. ¿Eso es toda la garantía que tengo? ¿Tu palabra de que todo estará bien al final?—

—¿Preferirías información?—

—Eso sería un inicio— admitió ella.

—Sé que tu padre tiene un tumor en el cerebro— La princesa de Augusti se estremeció ante su franqueza, su rostro se convirtió en una máscara indifusa—. La Manada me lo dijo.—

Ella levantó un muro de silencio entre ellos.

—Está bien, no hables de eso si no quieres—. Tu silencio es una respuesta en sí misma—. Pensé que los Elixires te curaban esas cosas, pero supongo que fue porque él tomó dos de ellos—. ¿O tal vez ya lo tenía antes de adquirir poderes, y ahora el tumor es tan invulnerable como él?—

No hubo respuesta, aunque la tensión seguía aumentando.

—Sabes, el padre de Narcinia, su verdadero padre, ¿podría habérselo extirpado?— preguntó Ryan—. La Carnival me dijo que Relámpago Trasero lo mató porque podía cortar cualquier cosa con un cuchillo. Incluso a un hombre invencible—

—Ryan—. Su mirada se volvió vacía—. No digas más palabras—.

—Lo que quiero decir es... creo entender por qué no intentas enfrentarte a tu padre en este momento—. Un tumor cerebral podría empeorar su estado de ánimo, y un dios de relámpagos invencible en modo de caos sería una calamidad—. Viví algo parecido—.

—No sabes nada— replicó ella duramente.

—Mi padre adoptivo, Bloodstream, era una bomba de tiempo—. Ryan frunció el ceño, recordando algunos de los peores momentos de su infancia—. Era un adicto a los Elixires, y Len, su hija, bebió uno—. Cerca del final, tuvimos que huir, y yo era quien buscaba suministros porque él llamaba demasiado la atención—. Cada vez que lo dejaba solo con Len...—. pensé que al volver la encontraría muerta—.

Livia se tensó, pero no dijo nada.

—Mira, lo que quiero decir es... que no soy tu enemiga, Livia—. Ryan habló mientras Fortuna regresaba de su llamada, ajena a la situación—. Simplemente, no sé cómo demostrártelo.—

—¿Demostrar qué?— preguntó Fortuna, antes de notar la incomodidad de Livia—. ¿Livy? ¿Estás bien?—

—Yo...— Livia recobró la compostura y se obligó a sonreír—. Está bien, Fortuna.—

—No estás bien, Livy—dijo Lucky Girl con preocupación—. Puedo verlo en tu rostro.

—No, está bien—mintió la princesa—. Solo estoy cansada... Llamaré a Sparrow para que me lleve a casa.

—¿Estás segura?—preguntó Fortuna frunciendo el ceño.

—Sí, es... es mejor así—Livia besó la mejilla de su amiga de la suerte antes de hacer una inclinación formal al mensajero—. Gracias, Ryan. Aprecio nuestra charla.

—No hay de qué—dijo él, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No estás sola. No lo olvides.

—No lo haré—Ryan hubiera hecho cualquier cosa por saber qué pensaba Livia detrás de esa expresión impávida—. Lo juro.

Salió del restaurante cinco minutos después, dejando a las dos «pájaros enamorados» solos.

La cita fue bastante agradable después, aunque mucho menos divertida que antes. Siempre caballeroso, Ryan pagó todo y llevó a Fortuna a casa.

—¿Es este tu lugar?—preguntó, deteniendo su Plymouth Fury frente a un enorme complejo de condominios de lujo.

—Sí, es uno de mis departamentos—Fortuna juntó las manos, sin rastro de su exuberante orgullo—. Pido disculpas por lo ocurrido con Livy. No está pasando un buen momento.

—¿En serio?

—¡Es culpa de Félix!—se quejó Fortuna en voz alta—. Le rompió el corazón y la dejó sola para... hacer de perro faldero de un jardinero.

Sí, la posición de Livia claramente la aislaba y tenía pocos amigos a quienes pudiera confesar sus verdaderos sentimientos.

—Estoy realmente agradecida por tu intento de animarla. Realmente lo necesitaba—la expresión de Fortuna se volvió pensativa—. ¿Ryan?

—¿Sí?—respondió el mensajero, anticipando lo que venía.

—He dudado mucho—dijo ella—.De alguna manera, su tono me recordó al de un verdugo—.Realmente dudé por un momento—.Pero...

Sí, sí, sí, pensó Ryan. Di que no funcionará entre nosotros, y seremos mejores como amigos.

—Pero he decidido perdonarte—dijo Fortuna con una expresión misericordiosa—.Te perdono por ese comportamiento grosero.

Se hizo un pequeño silencio.

—Oh, muchas gracias—dijo Ryan, con una expresión aparentemente feliz y en su interior decepcionado—.No hubiera podido vivir sin tu perdón.

—Lo sé, pero lo tienes—Fortuna sonrió y juntó las manos, sin decir nada más. Tuvo la sensación de que quería preguntarle algo, pero no sabía cómo decirlo.

—Bueno, creo que te acompañaré a la puerta y luego me iré—dijo Ryan, acercándose a abrir la puerta del coche.

La puerta permaneció cerrada.

Ryan frunció el ceño mientras revisaba las otras puertas. Ninguna se abría. La Fury también se negó a arrancar, aunque cinco sistemas de respaldo debían prevenir ese tipo de problema.

—Así que así son las cosas—murmuró Ryan para sí mismo.

—¿Hay algún problema?—preguntó Fortuna con una sonrisa burlona.

—¿Tienes diez minutos para mostrarme rápido tu colección de esculturas?—preguntó Ryan con una sonrisa encantadora—.No quiero molestarte.

—Oh, que no—lo tranquilizó ella, con la falsa modestia en su rostro—.No me molestas en absoluto.

Esta vez, la puerta del coche se abrió con normalidad.

Malditas sean, ¡su poder no funcionaba!